



**BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES**

BIBLIOTECA AFRICANA

www.cervantesvirtual.com

MOHAMED BOUISSEF REKAB

Intramuros

[fragmento]

Edición impresa

Mohamed Bouissef Rekab, *Intramuros* (1999)

En

Mohamed Bouissef Rekab, *Intramuros*. Tetuán: Facultad de Letras de Tetuán. 1999. (99-106)

Edición digital

Mohamed Bouissef Rekab, *Intramuros* (2015). Fragmento

Carolina López Tello (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Enero de 2015



Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D+i, del programa estatal de investigación, desarrollo e innovación orientada a los retos de la sociedad, «El español, lengua mediadora de nuevas identidades» (FFI2013-44413-R) dirigido por la Dra. Josefina Bueno Alonso



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante



Intramuros

Mohamed Bouissef Rekab

Si Kaddur tenía previsto hablar con un cirujano esa misma mañana. Le iba a exponer el caso de su hijo Munir y del hijo de Fatiha, Adel. Éste cuenta que los compañeros de clase se burlan de él por el dedito pegado al meñique. En cuanto a Munir, decía una y otra vez que le daba lo mismo. Cuando el especialista diera su consentimiento, Si Kaddur tenía que convencer a ambas madres para que también dijeran que estaban de acuerdo en operar a los niños.

El médico no puso reparos en que esa operación se efectuara, pero dijo que tenía que ver primero a los niños, para tener una idea más exacta del tema. Cuando Si Kaddur trasladó esa idea a la casa, Habiba no se opuso a que pusieran a su hijo "como a los demás". Fatiha lo habló con su marido, que tampoco puso impedimentos. La única que no estaba de acuerdo con la operación, era Fadila. Decía repetidamente que si Dios los había enviado así, así debían ir a verle el Día del Juicio. Claro, nadie le hacía caso.

- Los operaremos el verano próximo. Así no interrumpiremos las clases de Adel y el trabajo de Munir en el campo.

Adel era el mejor de su clase. Los profesores hablaban de él como de un alumno fuera de serie. En la casa, pedía continuamente que le procuraran libros nuevos. Títulos que para sus padres eran un auténtico enigma, eran traídos por el propio Kabir a la casa. Fatiha pensaba que para qué podían servir todos esos libros, que si tenía unos cuantos, ya era suficiente. El niño no les hacía caso y exigía que le trajeran libros de filosofía, historia, geografía, matemáticas, literatura, física, química. Los leía repetidas veces, hasta quedarse con la idea que el autor exponía en su obra. Resolvía los ejercicios de matemáticas y física con una rapidez increíble. Los profesores se quedaban absortos ante la inteligencia de ese niño. Para el verano que se acercaba, lo propusieron para que fuera a pasar las vacaciones en Imuzzer de Skandar: le daban una beca muy merecida.

- Esto quiere decir que no podremos operarles. Esperaremos para el año que viene.
- Si usted ve necesario hacerlo, opere a Munir. Adel lo haría más tarde.
- No, Kabir; los llevaremos a la clínica juntos. No importa si esperamos un año más.

"Si los operamos, desaparecerá toda prueba de su parentesco. Con el tiempo se olvidará este tema. Así, no seguiré con el peso de las palabras de ese loco".

Fadila estaba contenta: los niños seguirían como nacieron, aunque no fuera más que para ese año. Pensaba que nadie tenía derecho a cambiar lo que Dios había decidido.

Kabir seguía llevando y trayendo a los tres niños, de la casa a la escuela y de ésta a aquélla. Casi no tenía tiempo de hacer otra cosa. Cuando Habiba quería estar con él, le pedía permiso a Si Kaddur para ir a "comprar cosas para la casa", y se veían en el apartamento de Suiqa, siempre entre las dos y las seis de la tarde; cuando llevaba a los niños a la escuela e iba a recogerlos.

Él, con quien mejor se sentía era con su mujer; la amaba.

Con Habiba lo hacía todo de manera mecánica. No la quería.

Ella, por su parte, nunca pensó en otro hombre que no fuera Kabir; su marido era para ella, lo que ella para Kabir: lo hacía todo mecánicamente, pues no sentía ningún afecto ni cariño por él.

Llevas esperando años y años a que algo cambie en la vida de esas personas; pero todo sigue normalmente.

Ves a Si Kaddur por Tetuán, como de costumbre con su chilaba y su barba -ahora ya canosa en su parte izquierda, y aún negra en la derecha-, sin arreglar. Algunas veces, también ves a Kabir y a Habiba cuando van a Suiqa; una vez, los sigues y sabes dónde entran y el tiempo que se quedan ahí.

Ya conoces el comportamiento de los niños en la escuela; sabes que Adel es un fuera de serie; que Aicha y Abdelhay estudian lo suficiente para ser considerados buenos alumnos. Sabes también que Munir no ha querido estudiar y que Si Kaddur le ha permitido dedicarse a los trabajos del campo.

Sabes que Fatiha nunca sale de su casa, y que si todavía piensa en Farid, su primer amor, no lo sabrás nunca, pues la persona que te lo contaba todo, está muerta.

Estás esperando un castigo. Deseas que Habiba y Kabir reciban su castigo. ¿De qué manera esto iba a ser posible? No lo puedes decir, pero estás seguro que algo les tiene que pasar. De lo que no tienes dudas es que están en la puerta del infierno, y que nadie les puede salvar ni perdonar.

Kabir tiene todo lo que quiere: una mujer que se porta maravillosamente con él, hijos sanos y guapos, que le hacen vivir momentos de intensa alegría y felicidad; pero con todo esto, sigue sus relaciones con Habiba. Seguro que ya ni se acuerda del mal rato que pasó cuando atropelló a ese niño y que la policía lo detuvo, que Si Kaddur se desvivió hasta verlo salir del calabozo policial. Seguro que tampoco se acuerda del sueño tan indicador que tuvo, de esa mujer que dejó en su casa encerrada y que tuvo un accidente y se lo llevaron al hospital; que le pidió a un enfermero que le abriera la puerta a esa mujer, y resulta que el enfermero era Si Kaddur, y la mujer encerrada era Habiba. Seguro que se había olvidado de esas cosas. Sigue acostándose con la mujer del hombre que le da todo lo que posee.

Habiba no quería a su marido, el hombre que la sacó de la pobreza y de la miseria y la metió en una casa decente. Seguía engañándolo con uno de sus empleados más cercanos de la casa. Nada le hacía dar marcha atrás.

Piensas estas cosas mientras te diriges al banco a sacar dinero para tus gastos. Y piensas que tienes mucho que agradecerle a Farid el que haya abandonado a Turía.

Piensas en que no querías casarte para que nadie te pusiera los cuernos, y para que tú no se los pusieras a nadie.

Recuerdas que una vez que fuiste al banco y viste a Turía, no pudiste contenerte y le dijiste que era la mujer más guapa que habías visto en tu vida; sonrió, y nada más. Te impresionó todo en ella. Al principio ni se fijó en ti, pero cuando fuiste a ver a sus padres a Tánger y les pediste su mano, fue cuando ella, totalmente atolondrada, te miró fijamente y empezó a saber que existías. No se negó a ser tu novia.

El padre de Turía te lleva pocos años, pero no se opuso a que su hija se casara con un hombre tan mayor, porque lo que quería era saber que su hija iba a estar, finalmente, protegida de los "males" del mundo.

Recuerdas que al principio no quería salir contigo por la calle. Decía que estaba cansada y que prefería irse a su casa a descansar. Tú pensabas que era a causa de tu edad bastante avanzada; insistías una y otra vez, hasta que conseguiste que saliera contigo un fin de semana: "con la condición de irnos a Tánger", te dijo; "claro que sí", le respondiste, "vamos a donde quieras". ¡Para que no la vean con un viejo! Pensaste.

Recuerdas también que la primera vez que estuvisteis en su casa y os acostasteis, no le sacaste a relucir lo de la virginidad. Tú lo sabías todo sobre ella, aunque ella lo ignorara. Cuando se celebró la boda, viajasteis a España. En la Costa del Sol pasasteis una semana de ensueño. Nunca la olvidarás, piensas. Después fuisteis a Madrid. Ahí os robaron del coche todo lo que habíais comprado. Recuerdas que se llevaron tu traje de novio, y lo malo es que en el bolsillo interior tenías escondidas unas cien mil pesetas, para que cuando Turía viera que ya no había dinero, tú las sacaras para darle una sorpresa; la sorpresa te la llevaste tú, cuando os lo robaron todo. Ocurrió en un tiempo muy corto y delante de todo el mundo. Por la mañana cuando ya os ibais del hotel, sacasteis vuestras cosas - muchas cosas-, y las pusisteis en el coche; que aparcasteis frente al hotel para ir a desayunar. Al volver, las puertas estaban abiertas y las cosas desaparecidas. Nadie había visto nada.

Gracias a que Turía pensó exactamente igual que tú, y que tenía guardado algún dinero, que si no, sabe Dios cómo se iba a solucionar el problema. A pesar del mal rato que os dieron los cacos, fue muy bonito.

Recuerdas que al principio cuando te acostabas con tu mujer, te decías si pensaba en Farid. Y sin darte cuenta empezaste a odiar a aquel individuo. Pero te aliviabas pensando en el comportamiento de Dina, la antigua novia del enfermero, que cuando se casó, en ningún momento pensó en engañar a su marido; que sus relaciones con Farid fueron agua pasada. Eso podía ocurrir con tu mujer, que ya no

pensara nunca en ese hombre. Con el tiempo, y viendo que Turía era una mujer muy cariñosa, excelente intelectual y con mucha personalidad, te empezaste a convencer de que, si no te quería, por lo menos no te engañaba.

La aldea, centro de tu atención durante años, empieza a decrecer; pues tus cosas personales ocupan tu tiempo. No obstante, muy a menudo vas a la puerta del colegio donde estudian los hijos de Si Kaddur y de Kabir, y los ves cuando suben en el coche; los sigues con la vista hasta que desaparecen.

Kabir, a veces, aparece con Habiba. Ya sabes a dónde van.

Año tras año, las cosas se presentaban de tal manera que los niños -ya hechos unos hombrecitos-, no pudieron ser operados para extirparles los deditos que tenían pegados al meñique. Si Kaddur se encontraba molesto por no poder cumplir con este deseo, sobre todo a petición de su mujer Habiba, que no dejaba de acosarle con este tema. A Fadila le pasaba todo lo contrario: agradecía a Dios que esto fuera así.

Aicha se había convertido en una auténtica belleza.

Uno de sus profesores, recién llegado al instituto en el que estudiaba la chica, se fijó en ella, no como profesional, sino como ser humano, como una persona enamorada. Sin darse cuenta, empezó a darle más importancia que a ningún otro alumno. Le daba las mejores notas en matemáticas -era el profesor de matemáticas-, dejando en segundo lugar al mejor de la clase, Adel. A veces, cuando los ejercicios le salían mal, no dudaba en poner los resultados correctos con bolígrafo azul; en rojo ponía lo de "Excellent".

Adel sentía una fuerte sensación de impotencia; sabía que su "prima" -para todos, él y su hermano eran primos de Aicha- no se merecía esa nota, que el profesor era parcial porque tenía un interés muy particular por Aicha; pero no decía nada.

El profesor de matemáticas esperó un día en que los chicos hacían gimnasia y que las chicas estaban sentadas en el patio del instituto, para llamar a la chica y decirle que quería hablar con ella a solas; que intentara salir del centro el próximo día en que tuviera gimnasia, que la esperaría en su casa, que estaba muy cerca del instituto. La chica ya sabía lo que el profesor sentía por ella, y no dijo que no. Le preguntó dónde vivía exactamente. A ella también le gustaba.

De esta manera, Aicha nunca estaba en el patio a la hora en que los chicos hacían gimnasia, siempre se iba a la casa de su profesor, del que se había enamorado locamente.

Era el último año de secundaria, tanto de Adel, como de Aicha y de Abdelhay. Aicha dejó de prepararse para el examen. Aparecía siempre callada y sin ganas de hablar con sus "primos". Sus padres no se fijaban en estas cosas, mandaban a sus hijos a que estudiaran, y punto.

Habiba, la más astuta de la familia, se dio cuenta de que la chica no hacía cosas normales. Que estaba continuamente encerrada en su habitación, que ya no quería ver la televisión como antes, que apenas comía...

- Vengo a que me digas qué te pasa. Sé que tienes problemas. Si crees que te puedo ayudar, dímelo y lo haré.

- Yo... No me pasa nada. Estoy muy bien. Es que los estudios me cansan mucho.

- Sé que ya no estudias casi nada. Que piensas en algo que te hace sufrir.

- De verdad, mami, no me pasa nada. Estoy muy bien, son los estudios.

Habiba la dejó, pero estaba convencida de que algo anormal pasaba.

Habiba quería con locura a la hija de su Šrika y de su marido. El no haber tenido una hija, le hacía sentir por ella una inclinación muy especial.

Adel no hablaba más que de libros y de lo que pensaba estudiar. Abdelhay, enamorado de su "prima", estudiaba para ser médico y "poderme casar con Aicha". Su madre, Fatiha, le decía que no pensara en casamientos, que lo primero era formarse y ser una persona con futuro, que eso de novias y casamientos, venía después; además, "¡sois muy jóvenes aún!".

Munir había aprendido todo lo relacionado con el campo. De la misma manera que Si Kaddur le hacía todo a su padre en sus tiempos de juventud, ahora ocurría exactamente lo mismo con él: su hijo se encargaba casi de todo.

Si Kaddur les propuso a sus dos mujeres ir a la Meca, que ambas debían cumplir con el quinto precepto del Islam, porque tenían los medios económicos para hacerlo. Habiba le dijo que era una buena idea y que por ella no habría ningún inconveniente. Lal-la tampoco puso impedimentos, por lo que decidieron empezar los preparativos. Habiba le dijo a su marido que antes tenían que pensar en la boda de su hermano, que cuando se festejara, empezarían con el papeleo de los pasaportes y demás requisitos. Así lo decidieron.

Kabir había dejado de llevar y traer a los niños; ya eran mayorcitos y se las podían arreglar solos. Por lo que para ir a la casa de Suiqa, tenían que sacar tiempo de otra parte.

Ella no se preocupaba de lo que pudieran pensar los demás; quería estar con su hombre y nada más. La confianza de Si Kaddur era total en su mujer y en su empleado; de ningún modo podía pensar que pudiera haber algo entre ellos por lo que cuando le pedía dejarla ir a la ciudad, nunca se lo negaba.

El jueves, le dijo por la mañana a Kabir que por la tarde irían a Tetuán. Él no podía negarse: era el chófer de la casa y por lo tanto tenía que obedecer.

- ¿Sabes una cosa? Aicha tiene un problema grave que no me quiere contar. Pregúntales a tus hijos lo que le pasa; probablemente ellos lo sepan.

- No creo que le pase nada. Los jóvenes de ahora son muy idealistas y seguramente desea algo que no está a su alcance. Piensa en una vida en la ciudad, en una mansión lejos de los animales y del olor a estiércol.

- No digo que no tengas razón pero lo tuyo es más gordo que esto. Pregúntale a Abdelhay, que es el que sabe más de estas cosas. Porque Adel, con los libros se pierde y no está al tanto de lo que pasa delante de sus narices.

- No te preocupes; le preguntaré a ver si sabe lo que le pasa a la niña.

- La quiero mucho y le deseo todo lo bueno del mundo.

"¿La quieres? Creo que es la única persona a la que de verdad quieres. A los demás nos utilizas para tus caprichos".

- No creo que pase nada malo, pero intentaré saber lo que hay, si es que hay algo.

- Traigo el dinero del alquiler de la casa. Los recibos de la luz y del agua los pagas tú; es muy poca cosa.

- Muy bien, así lo haré.

Salieron y compraron algunas cosas para llevar a casa. Él le compró a su hijo un libro que le había pedido. Se trataba de *La Peste* de Albert Camus. Cuando lo pidió, no supo pronunciar bien el título. Estuvieron un rato hasta que la dependienta atinó a entender y le dijo que se llevara el libro y que si no era ese, que lo devolviera y le daría el que quiere, pero que trajera el título escrito en un papelito.

La dependienta era española y Kabir entendía lo que la mujer le decía. Habiba esperaba junto a una mesa, donde había montones de libros. En uno, vio a una mujer mostrando un plato con pescado, y muchas cosas escritas; quiso saber lo que había escrito y porqué la mujer enseñaba el pescado. Kabir se acercó para decirle que debían irse, y ella le dijo que quería ese libro, que se lo leería a Aicha.